GUERRA SUBVERSIVA Y GUERRA REVOLUCIONARIA (*)

POR

MARCEL CLÉMENT.

I

LA GUERRA SUBVERSIVA

¿En qué consiste?

La guerra subversiva es la agresión sicológica contra la población de un país con el fin de tornar a esa población hostil a su propio gobierno y a todas las estructuras fundamentales que lo apoyan: el poder espiritual, el ejército, la organización financiera, la estructura familiar, etc. Está destinada esencialmente a conseguir una transferencia sicológica colectiva: a ponerse en contacto con una población que posee cierto concepto de la sociedad, llevándola gradualmente a adoptar otro.

Esta guerra subversiva constituye una táctica marxista-leninista en cuanto obra en forma dialéctica para efectuar este cambio. Pues la guerra subversiva se basa en dos actividades complementarias:

— Una propaganda destinada a conquistar la mente de los hombres para cierta ideología.

— Una propaganda destinada a destruir la estructura moral, social y administrativa del país que se ha de conquistar.

---

* Este importante y actualísimo estudio corresponde a los epígrafes 3 y 4 del capítulo VII y el capítulo VIII (págs. 118 a 143) del libro *Le communisme face a Dieu. Marx, Mao, Marcuse* (París, *Nouvelles Editions Latines*, 1968), de Marcel Clément, Director de «L'homme nouveau», a quien agradecemos la autorización que nos ha concedido para publicarlo.

Ambas campañas de propaganda operan simultáneamente. El atacante divide al país en dos sectores. Al comienzo, la ideología conquistadora se presenta a una minoría que encuentra en ella un principio dinámico de acción. Simultáneamente se pone en práctica otra campaña de propaganda entre la mayoría para desviar su lealtad al orden establecido y hacerla despreciar las estructuras sobre las cuales ese orden se basa. A medida que se extiende la conquista de mentes. La mayoría, que se *avergüenza* de las estructuras sobre las cuales se basa, disminuye en número, mientras la facción minorista, orgullosa de ser la ideología *del futuro,* crece y tiende a predominar. Cuando las condiciones políticas son tales que esta inversión de fuerzas *aparece* ante la opinión pública como ya efectuada, la guerra subversiva ha tenido éxito. El gobierno y las estructuras establecidas ya no ejercen control sobre la población.

Es evidente que la guerra subversiva no pretende apoderarse del poder por sus propios medios. Esto la diferencia fudamentalmente de la guerra revolucionaria. La guerra subversiva tiene por objeto aislar al gobierno de la población, de manera que esta ejerza tal presión que el gobierno sea incapaz de poner en práctica una política efectiva contra los líderes de la guerra subversiva.

Para citar un ejemplo, las campañas iniciadas por orden de la U.R.S.S. para desacreditar el proyecto de establecer bases de lanzamiento para los proyectiles atómicos al mismo tiempo que los comunistas saludaban triunfalmente la posesión de la bomba atómica por Rusia, demuestra claramente que la propoganda comunista obra en direcciones opuestas según el país al que se halle dirigida. Cuando las bases de lanzamiento son un peligro para Rusia, es necesario azuzar a la naciones contra sus propios gobiernos, que las construyen o aceptan. Pero en cuanto la posesión de la bomba atómica permite a Rusia aumentar sus posibilidades de extender el comunismo a través del mundo, la bomba es un bien, algo digno de desearse y que no constituye amenaza para la paz.

En la misma forma, cuando los nacionalistas argelinos practican el terrorismo metódico en gran escala, sus actos son gloriosos y demuestran su feroz determinación y su inquebrantable voluntad de vencer. Simultáneamente, la campaña denigratoria que pretende iden-

tificar a todo el ejército francés con la práctica de torturas en Argelia, desempeña su papel al malquistar a la opinión pública francesa con su Ejército y aislarlo de la nación.

Podríamos citar muchos ejempos parecidos, y todos demuestran que la guerra subversiva tiene por objeto obrar sobre la sicología colectiva de una nación para difamar los verdaderos bastiones y glorificar a los que la traicionan y la venden. Se actúa sutilmente sobre el amor propio público. Se sugiere que aquellos que aceptan la necesidad de bases de lanzamiento desean la guerra; o que los franceses que apoyan al ejército francés desean que se emplee la tortura. Para evitar aparecer como cómplices de «torturadores», las «masas» retiran su favor al ejército francés; para evitar que se les tenga por traficantes de guerra, la gente toma parte en la propaganda contra las bases para proyectiles.

No cabe duda que hoy se libra la guerra subversiva en todo el mundo. En Francia, especialmente, el elemento dialéctico se halla inyectado claramente en los problemas religiosos, nacionales y económicos. Durante los últimos veinte años, en la Iglesia se ha definido un catolicismo de izquierda, opuesto al catolicismo de derecha y que apoya el resurgimiento de la ideología socialista en los círculos religiosos, denigrando la organización corporativa de la sociedad y la reconciliación de las clases, que es el verdadero programa de la Iglesia.

En las esferas del interés nacional, estos hombres se han destacado apoyando ardientemente y en forma explícita los movimientos nacionalistas de Argelia y de otros países africanos, afirmando a la vez que el patriotismo francés es una idea anacrónica que no significa nada para ellos. En el campo económico, han despertado suspicacias hacia empresas comerciales prósperas afirmando que su prosperidad sólo puede ser explicada por la explotación de los obreros, mientras al mismo tiempo saludan las realizaciones económicas de Rusia y China como resultado del ardor espontáneo de la población trabajadora. Demostrando extraordinaria carencia de facultades críticas, sectores enteros de la opinión pública se dejan manipular por los técnicos de la guerra subversiva, sin sospechar por un instante que están tomando parte en un plan gigantesco para la aniquilación de

las células sociales fundamentales: la familia, el Estado, la propiedad privada y el concepto cristiano de la comunidad.

Técnicas subversivas.

Los marxistas-leninistas perfeccionaron ciertas técnicas para ganar las mentes humanas y, en jerga comunista, conquistar a las masas. No nos proponemos detallarlas todas. Sólo indicaremos algunas de ellas como ejemplo y para mostrar su maldad intrínseca.

a) La utilización de las «pulsaciones». Como los sicólogos materialistas ven al espíritu humano simplemente como a un producto de la materia, encaran el problema de la conquista de las masas en un nivel fisiológico y neurológico. De aquí que reduzcan las «motivaciones síquicas» del hombre a cuatro instintos, o «pulsaciones», fundamentales: el agresivo, el nutritivo, el sexual y el paternal.

La propaganda comunista y la propaganda subversiva en general estará dirigida entonces, ante todo, a excitar estas «pulsaciones» y a hacerlas funcionar en la forma requerida por su propaganda.

En todos los hombres existe una «pulsación» agresiva, un instinto hacia la dominación que San Pablo llama el «orgullo de la vida», y está considerada una de las concupiscencias humanas. Para que esta concupiscencia funcione en las masas, es necesario hacerlas alzarse en rebelión. Deben verse confrontadas a injusticias que las escandalicen hasta las profundidades del alma. Así, de acuerdo con las circunstancias, se acusará a los blancos, a los extranjeros, al ejército o a la Iglesia de los crímenes más abominables, apelando a la conciencia popular. En estos casos, la «pulsación» agresiva funciona generalmente en apoyo de la «justicia», esto es, con hostilidad hacia la institución que debe ser destruida.

La «pulsación» nutritiva no es menos violenta. Está ligada al instinto de conservación, y en otro sentido, es lo que San Pablo llama la concupiscencia de los ojos. La propaganda puede recurrir a ella tanto como los anuncios comerciales. El lema comunista para las elecciones generales francesas de 1936, que llevaron al gobierno al Frente Popular, se reducía a tres palabras: «Pan, Paz, Libertad.» La

primera palabra empleaba la sicología de los apetitos. Cada vez que los transeúntes veían la palabra «Pan» en los anuncios, cada vez que las multitudes entonaban los tres términos de esta consigna, identificaban orgánicamente parte del placer de comer, cierta anticipación subconsciente a la atracción del alimento, con el apoyo al programa electoral comunista.

En cuanto a la «pulsación» sexual, no hay necesidad de insistir sobre su papel. Se identifica con el instinto de procreación, con la concupiscencia de la carne. La propaganda comunista no lo olvida, aunque puede decirse que la utiliza con más moderación que la publicidad comercial de ciertas firmas del mundo libre. El gran filósofo francés Bergson decía que la sociedad moderna se había transformado en una sociedad afrodisíaca. No cabe duda que el llamado más o menos hipócrita a la anticipación imaginaria del placer sexual es uno de los ángulos sicológicos más empleados en el siglo XX.

Finalmente, los comunistas emplean la «pulsación» paternal. Esta se refiere también a un instinto natural ligado a la conservación de la especie y que, de paso, se desarrolla en forma más precoz y completa en las mujeres que en los hombres. La propaganda de «paz» en el sentido marxista está a menudo asociada a niños junto a los cadáveres de sus padres, muertos durante algún bombardeo.

Cuando estas campañas de publicidad mediante afiches, anuncios y panfletos recorren el país, y hacen que al verlos o leerlos la gente, actúe una u otra de las «pulsaciones» en la dirección de los objetivos perseguidos por el comunismo, es inevitable que cada ciudadano, sin analizarlo claramente, experimente una sensación de presión sicológica que le induce en conciencia a concluir que los comunistas tienen la razón, pues son ellos los que hacen funcionar estas «pulsaciones» para alcanzar objetivos sociales buenos y loables de por sí (paz, prosperidad, libertad), mientras dan a esas palabras un significado práctico que, si tienen éxito, equivale a guerra, pobreza y esclavitud.

Es preciso mencionar aquí, por otra parte, el empleo del miedo, de la angustia, del terror —base psicológica de la guerra revolucionaria—. La estudiaremos detalladamente en el capítulo siguiente.

b) *La utilización de los reflejos condicionados* puede no ser en sí contraria a la dignidad humana. La enseñanza de la tabla de mul-

tiplicación o de los ejercicios al piano, y en general, todo lo que desarrolla mecanismos sicológicos o nemotécnicos, se logra mediante el condicionamiento de los reflejos. La característica de la técnica subversiva no es la utilización de los reflejos condicionados, sino el hacerlos funcionar contra la naturaleza.

Este es el fin fundamental del método marxista-leninista. Consiste en actuar sobre los cuerpos y los apetitos de los hombres para obtener un condicionamiento del pensamiento que evita que la fuerza de la verdad obre sobre la inteligencia.

En el mundo moderno hay grupos enteros así condicionados. Registran, por ejemplo, una equivalencia inmediata y casi automática entre religión y explotación, comunismo y paz, conflicto y progreso. Se han hecho casi totalmente impermeables a la experiencia universal, que atestigua que la religión cristiana ha sido el factor más pacífico y eficiente en la restauración de la dignidad humana. Se han hecho casi totalmente inexpugnables ante las pruebas convergentes que demuestran que el comunismo, desde Moscú en 1917 hasta Budapest en 1960, ha hecho manar ríos de sangre, y que, lejos de disminuir la explotación de los hombres por sus semejantes, ha llevado esta explotación hasta los más terribles extremos.

El elemento esencial de la agresión sicológica sostenida constantemente contra nuestras sociedades, indudablemente imperfectas, pero convencidas de los derechos inherentes a la dignidad de ser humano, reside en el proceso por el cual el comunismo sustituye la lógica natural de la inteligencia por la lógica artificial que conduce a actitudes mentales que inclinan al «adoctrinado» a adoptar la adecuada reacción comunista ante todos los problemas que se susciten.

La enseñanza clásica comunista utiliza una anécdota que nos hace comprender cómo opera la técnica marxista-leninista sobre las pasiones y los apetitos humanos, haciendo casi imposible el escapar a la promoción del error y el fraude.

En las escuelas de adiestramiento comunista se presenta el siguiente problema en calidad de ejercicio: «¿Cómo podemos lograr que un gato coma pimienta?» La primera respuesta es abrir el hocico al gato por la fuerza. Esta respuesta es errónea, porque *falta el consentimiento del gato*. La segunda respuesta es esconder la pimienta en un

pez. También es errada, porque el gato escupirá el pez cuando descubra la pimienta.

La respuesta marxista-leninista es la siguiente: Hay que esparcir pimienta en la alfombrilla que el gato usa habitualmente. Cuando el gato se tienda sobre la pimienta, sentirá incomodidad y escozor, y comenzará a lamerse para aliviar sus molestias.

El resultado obtenido es el siguiente:

1. El gato come
2. por su propia voluntad
3. (que ha sido totalmente condicionada)
4. la pimienta que detesta en el orden natural de las cosas.

El gato no ha visto ni sentido en forma alguna que una voluntad externa lo impelía a un acto contrario a su naturaleza. De manera que ejecuta este acto espontánea y naturalmente ... una vez que ha sido condicionado.

Este ejemplo resulta profundamente significativo. El hecho de referirse a un animal cabe dentro de los moldes, pues la acción sicológica del comunismo introduce una nueva lógica de conducta al nivel de circuitos nerviosos.

Una vez que ha sido condicionado.

— Un católico se opondrá al Papa, a los obispos y a la unidad de la Iglesia *a causa de su catolicismo.*

— Los ciudadanos se opondrán al bien común de su país por un *sentido de ciudadanía.*

— Los sindicalistas militantes se opondrán a las medidas «reformadoras» de progreso *a causa de su deseo de progreso social.*

Así vemos también católicos que defienden habitualmente a los perseguidores de la Iglesia; a franceses que apoyan habitualmente, aun en la prensa, las empresas de los enemigos de Francia; a obreros que apoyan habitualmente la agravación sistemática de los conflictos sociales, y a hombres que rehusan revelar o tratan de ocultar la existencia de un mundo esclavo en la U.R.S.S., en nombre de la justicia social. Así «el gato come pimienta» y la guerra subversiva gana batalla tras batalla, sin que los vencidos sepan que han sido derrotados.

La acción sico-social del comunismo opera en el nivel individual

(lavado de cerebro) o colectivo (rumores, pulsaciones, desintegración de la entereza moral del enemigo, etc.) Emplea amenazas, terror, promesas, pero sólo como un poderoso elemento auxiliar; no es ese el constituyente esencial de su método. Aún no hemos *comprendido la verdadera naturaleza del comunismo* si nos cegamos ante los métodos clásicos que emplea, convirtiéndolos en subordinados a la estrategia dialéctica sico-social. Cuando la acción sico-social ha funcionado con éxito, las verdades fundamentales de la moral, especialmente aquellas relacionadas con el respeto a la dignidad personal, la verdadera libertad, los derechos naturales inalienables, el respeto filial y su corolario, el patriotismo, se convierten en nociones absurdas, ridículas y carentes de significado. Los procesos naturales de la inteligencia han sido remplazados entonces por una forma de raciocinio inducida artificialmente como resultado de técnicas sico-mecánicas de condicionar la mente, verdadero «descubrimiento» de las guerras subversivas y revolucionarias mantenidas constantemente por el partido comunista, sus organizaciones afiliadas y sus auxiliares inconscientes.

La "no-resistencia" al comunismo.

Debemos mencionar, finalmente, un factor que juega un papel preponderante en la guerra subversiva: la no-resistencia al comunismo. No nos concierne aquí determinar las responsabilidades de aquellos que adoptan esta actitud de «no-resistencia». Incluyen estos a hombres de rectas intenciones que literalmente no saben lo que hacen. Hay otros que lo saben perfectamente, como es el caso del señor Pierre Cot, Ministro de Aviación del gobierno del Frente Popular Francés de 1936, el cual dice: «No soy comunista, pero considero que el comunismo es un movimiento irresistible.» Sólo deseamos mostrar que las actitudes de no-resistencia al comunismo, ya sean inocentes o deliberadas, desempeñan un papel innegable en el debilitamiento del «frente doméstico» durante los períodos de guerra subversiva, contribuyendo así de hecho a la desintegración sicológica de una nación.

Enumeremos alguna de las formas características de «no-resisten-

cia» al comunismo que pueden verse hoy en ciertos periódicos, revistas, conversaciones, etc.

a) El primer peligro es el de «adaptación» al marxismo. Esta es la actitud de quienes se declaran anti-comunistas, pero sostienen que el marxismo tiene «algo». De paso, digamos que esta gente no distingue entre la filosofía marxista, que han leído a veces sin percibir su naturaleza malsana, y la organización revolucionaria marxista-leninista, cuya existencia ignoran. No por eso dejan de hacer el juego a los comunistas.

b) El segundo peligro es la difusión del escepticismo en esferas donde el escepticismo es de por sí culpable. Para algunas personas, no existe cosa alguna que pueda aceptarse sin dudas: ni la autoridad del Papa ante los católicos, ni la familia como célula social para los matrimonios y los hijos, ni las escuelas cristianas como requisito para la educación cristiana, ni el patriotismo como deber del ciudadano, ni la disciplina como deber del soldado. Es evidente que no todos estos valores tienen la misma importancia; pero los hemos seleccionado aquí por ser los que más a menudo se ven en tela de juicio ante aquellos que basan sus actitudes mentales en la «no-resistencia» al comunismo.

c) En la Encíclica *Divini Redemptoris,* el Papa Pío XI previno a los cristianos acerca de estos aspectos: «Los comunistas forman asociaciones y publican periódicos cuyos nombres no tienen conexión aparente con el comunismo, pero que de hecho pretenden sólo introducir sus falsas doctrinas en círculos que en otra forma les negarían la entrada; en verdad, utiliza todos los medios para hacer una entrada traicionera en las sociedades religiosas católicas.» Y es un hecho que, desde que Pío XI escribió estas líneas, se ha propagado la idea de que la solución del problema social debe preceder a los esfuerzos apostólicos de evangelización. Y como la solución contemplada se basa en la colectivización de la propiedad y en la socialización de la economía nacional, estas medidas se presentan como preliminares necesarios a cualquier esfuerzo del apostolado laico.

d) Entre las actitudes de «no-resistencia» al comunismo es necesario destacar la invocación de los progresistas no-comunistas acerca de la necesaria «adaptación al medio» o la ansiedad por asegurar la

«presencia» de elementos no-comunistas dentro de organizaciones evidentemente controladas por los marxistas-leninistas. En Francia, algunos de estos voceros católicos han afirmado que para no verse alejados de las masas, es un deber enrolarse en la C.G.T. francesa, de notoria filiación comunista.

e) Aquellos a quienes atrae la no-resistencia al comunismo, obran a menudo motivados por un sentimiento de culpa. En su caso, no es un sentimiento de culpa personal, sino por la clase a la cual pertenecen. Estos individuos condenan unilateralmente las fallas de su patria y de su clase social, o aquellas que atribuyen a la propiedad privada o al colonialismo como tal, mientras simultáneamente omiten toda referencia a los crímenes cometidos por los comunistas en Budapest y en otros lugares.

Recapacitemos sobre un punto. Los que adoptan esta actitud pueden no saber lo que hacen. Sin embargo, no podemos dejar de deplorar su trágica imprudencia, si son cristianos. Porque aún se les pueden aplicar las palabras de Pío XI en su Encíclica *Divini Redemptoris:* «Puede suceder que en algunos lugares, sin abandonar sus opiniones, logren inducir a los católicos a cooperar con ellos en diversas actividades caritativas y humanitarias, proponiendo a veces con tal fin proyectos que concuerdan con los sentimientos cristianos y con las enseñanzas de la Iglesia.»

»En otros lugares su hipocresía llega hasta el extremo de persuadir a ciertas naciones de que el comunismo se comportará con mayor moderación en los países en que la religión y la civilización cristianas se hallan hondamente arraigadas, y que brindarán completa libertad religiosa y de conciencia. Algunos de ellos, basándose en un cambio trivial recientemente introducido en la legislación bolchevique, incluso intentan demostrar que el comunismo desistirá muy pronto de su campaña contra Dios.

»Venerables Hermanos, ved que los fieles sean puestos en guardia contra estos métodos engañosos. El comunismo es intrínsecamente malo, y por lo tanto nadie que desee salvar a la civilización cristiana de la extinción debe prestarle ayuda en empresa alguna.»

La guerra subversiva ha estallado en todo el mundo durante nues-

tros días, y muy especialmente en los países cuya civilización cristiana tenía raigambres milenarias. En estos países la advertencia de la Iglesia debe estudiarse y *aplicarse* especialmente.

II

LA GUERRA REVOLUCIONARIA

La conquista del poder.

¿Cuál es la diferencia entre guerra subversiva y guerra revolucionaria? Ante todo, hay diferencias en su objetivo. El fin de la guerra subversiva es aislar sicológicamente a la población de su gobierno, para así debilitar ese gobierno y condicionar su política. Rusia sostiene este tipo de guerra, en diversos grados, en todos los países libres.

El fin de la guerra revolucionaria tiene alcances mucho mayores. Como su nombre lo indica, este tipo de guerra pretende provocar el derrocamiento del orden establecido en un país, y su sustitución por una tendencia ideológica opuesta.

Esta diferencia de objetivos implica diferencias de medios. En la guerra subversiva, las armas más eficaces son las sicológicas. Se pretende influir sobre la opinión pública mediante boletines noticiosos, la prensa, afiches, panfletos, y si es posible incluso mediante la radio y la televisión, para apelar a sus instintos y condicionar finamente sus reacciones sicológicas.

En la guerra revolucionaria se utilizan todas estas técnicas, pero en combinación con el empleo metódico de la infiltración y el terrorismo, acompañado de actividades militares, políticas y diplomáticas.

El rasgo característico de la guerra revolucionaria es su naturaleza totalmente artificial. Cuando un país se ve expuesto a este tipo de guerra, sus habitantes presencian y toman parte en una asombrosa evolución de ideas. A los pocos años se convierten en enemigos de la organización social dentro de la cual habían vivido en paz, en partidarios de agitadores que practican el terrorismo y que al mismo tiempo «adoctrinan» fanáticamente a la población para lograr el triun-

fo de cualquier ideología dada. Mao-Tse-Tung escribe: «La revolución o la guerra revolucionaria nace de la nada y pasa, de ser muy pequeña, a transformarse en un asunto de trascendencia, del nacimiento al desarrollo total, de no tener poder político a apoderarse de él, de no tener un Ejército Rojo a crearlo, y de la ausencia de una religión controlada por el comunismo a su establecimiento.»

Según la doctrina leninista pura, el objetivo de la guerra revolucionaria es la captura del poder; en otras palabras, la dictadura del proletariado. Sin embargo, la conquista de mundo por los marxista-leninistas se efectúa a veces desembozadamente, como es el caso en Alemania Oriental, Hungría, China y el Norte de Indochina, o bajo un disfraz, como en el caso del F.L.N. de Argelia desde 1954, y de Sakhou Touré en Guinea en 1958. Es posible que el comunismo internacional obtenga algunas ventajas de la guerra revolucionaria destinada aparentemente a obtener el beneficio incidental y meramente provisorio de nacionalistas reales o fingidos, pues esto confunde a los países libres. Por ejemplo, las tentativas efectuadas en este sentido en Vietnam del Sur, donde es conocida la realidad comunista del Vietcong.

El objetivo táctico de la guerra revolucionaria es el control sicológico de la población. En otras palabras, lo que en la guerra subversiva es un objetivo estratégico, en la guerra revolucionaria se transforma en objetivo táctico. Mao-Tse-Tung se expresa claramente: «Mientras más implicadas se hallen las masas en las acciones históricas, más rápidamente acontece la evolución histórica, más rápido es el ritmo de su desarrollo y más extensos los resultados.»

Habiendo señalado estas características generales, examinemos ahora las cinco fases de la guerra revolucionaria. Es posible enumerar estas fases leyendo a Mao-Tse-Tung y comparando esa doctrina con las guerras revolucionarias que se han emprendido con éxito o intentado emprender en los últimos quince años. Estas fases explican el pasado. No se desprende necesariamente que también explicarán el futuro, pues las aplicaciones prácticas de la estrategia stalinista forman legiones, y la mentalidad engañosa que las gobierna es capaz de inventar nuevas técnicas.

Recordando estas limitaciones, examinemos las cinco fases.

Primera fase.

La primera fase de la guerra revolucionaria es de preparación y puede ser muy larga. Durante este lapso es preciso alcanzar tres objetivos.

a) Es necesario elegir la ideología que ha de servir de tema a la guerra revolucionaria. Con este fin, se mantiene en observación a la sociedad que ha de ser atacada. Los revolucionarios profesionales adiestrados con este objeto se dedican a descubrir todas las causas de fricción que pueden existir en esa sociedad. Generalmente se refieren a oposiciones de clases, razas, y en último término, de religiones. El análisis de estas «contradicciones internas» se realiza con el objeto de decidir cuál de ellas será elegida para ser explotada como tema general de la guerra revolucionaria. En Indochina se adoptó la ideología del nacionalismo popular-democrático. En Argelia, por el contrario, los revolucionarios fabricaron un nacionalismo de tipo occidental absolutamente artificial, sin relación alguna con la realidad de un país dividido profundamente por razas y religiones que a menudo se muestran mutuamente hostiles.

b) La segunda tarea es la de adiestrar a los hombres que dirigirán la guerra, es decir, los revolucionarios profesionales. Estos hombres, destinados a adiestrar y a dirigir a las masas, deben recibir instrucción sobre los aspectos prácticos e ideológicos de la guerra revolucionaria en todos los niveles. Los candidatos de inteligencia suficiente y reclutados en primera instancia por los miembros de la organización comunista, son llevados a los centros de entrenamiento. La guerra en Indochina fue dirigida por Ho-Chi-Minh, uno de los primeros leninistas, que había estudiado en Moscú desde 1923 hasta 1925. En 1930 fundó el partido comunista indochino. Entre 1935 y 1939 extendió la organización del partido a través de todo el país, y reclutó y adiestró a sus correligionarios Giap, jefe militar, y Pham Van Dong, economista. Cuando los acuerdos de Ginebra de 1954 sellaron la victoria de la guerra revolucionaria, estaban coronando, no una improvisación, sino la labor de veinte años.

c) Una vez elegida la ideología y reclutados los revolucionarios en cantidad suficiente, es preciso preparar la mente de la población para los acontecimientos subsiguientes. Tal como en la publicidad comercial, al comienzo el problema estriba en popularizar la marca de un nuevo producto, en este caso la ideología elegida por parecer la más apta para despertar a la población. Sin embargo, durante la primera fase sólo se trata de hacerlo conocer. Para esto se celebran reuniones, se publican periódicos, se urden crónicas que atraen la atención. Por todo el país se establecen células de agitadores y propagandistas.

Cuando estos objetivos se han alcanzado, se trama un espectacular baño de sangre y éste señala la iniciación de las actividades revolucionarias, cuya misión es la de atraer la atención pública mundial, por una parte, y comenzar la agitación y el terrorismo entre la población, por otra. De aquí que la función esencial de ese derramamiento de sangre, semejante a los que ocurrieron en Hanoi el 19 de diciembre de 1949 y en Argelia el 1.º de diciembre de 1954, sea la de «plantear el problema».

Las cuatro fases siguientes de la guerra revolucionaria están dedicadas a llevar al problema hasta su solución final.

Segunda fase.

En principio, la segunda fase debería iniciarse inmediatamente después del hecho espectacular que ha «planteado el problema». Sin embargo, Mao-Tse-Tung recomienda no iniciar la segunda fase hasta no haber conseguido un frente unido entre las diferentes tendencias que pueden coexistir para sostener la misma guerra revolucionaria. Esta es una aplicación estricta de la estrategia leninista. Lenin se propuso destruir a los mencheviques para evitar divergencias en el centro director de la estrategia revolucionaria mundial. Uno de los «errores» del F.L.N. fue el de haber comenzado la guerra revolucionaria franca antes de haber unido a las diversas tendencias, especialmente al M.N.A., en un solo frente. El resultado fue un interminable «ajuste de cuentas» entre ambos grupos y la imposibilidad de lograr una influencia «monolítica» sobre la población.

Una vez conseguido el frente único, la segunda fase se concibe esencialmente como un período subversivo. Su objetivo es aumentar y fortalecer a las fuerzas revolucionarias, extender a través de la población una red capaz de controlarla y, simultánemente, neutralizar a las fuerzas contra-revolucionarias y paralizar su acción.

El crecimiento de las fuerzas revolucionarias se realiza de dos maneras.

a) En primer lugar, los revolucionarios profesionales tratan de asegurarse cargos de importancia en la sociedad cuya desintegración habrán de provocar. Por supuesto que los que intentan alcanzar esas posiciones no son comunistas conocidos, sino comunistas encubiertos o progresistas que, a veces, actúan como anti-comunistas. Se infiltran en los servicios públicos, en la prensa, la radio, las universidades y los grupos religiosos. Sus palabras y declaraciones, que al principio parecen escandalosas, luego solamente chocantes y finalmente comunes, ayudan a demostrar que las verdades más aceptadas en moral, economía o política, pueden ser puestas en duda. Acostumbran a la población a aceptar que aunque una persona no sea comunista o revolucionaria, puede actuar o pensar como los comunistas y los revolucionarios sobre este o aquel aspecto táctico, y que finalmente puede apoyarlos.

b) Simultáneamente, se organiza la propaganda entre los intelectuales: comienza la agitación (manifestaciones, huelgas, sabotaje, etcétera) en la clase asalariada y se inicia el terrorismo, todo lo cual coincide con el establecimiento de la administración político-administrativa revolucionaria (P. A. O.) a través de todo el país. Esta organización está formada por una red de células destinadas a controlar a toda la población y a convertirse en una barrera entre ésta y la administración gubernamental oficial.

Los propagandistas se infiltran en las aldeas y «adoctrinan» a la población. Su propaganda no es necesariamente comunista y declaran gran respeto a la religión. Pero estos hombres tratan de exacerbar todas las causas de agravio que la gente pueda tener contra las autoridades y la administración establecida. Al mismo tiempo, se explayan sobre el tema nacionalista o popular-democrático que ha sido elegido como tema de la ideología revolucionaria. Convencen a los que les

escuchan que hay una fuerza inmensa en proceso de formación y que harían bien en unirse a ella. Poco a poco se teje una red de simpatizantes, controlada por la organización político-administrativa.

Junto a este crecimiento de las fuerzas revolucionarias, se pone en marcha una campaña de propaganda destinada a iniciar y luego a apresurar la desintegración de las estructuras tradicionales. En nuestro estudio de la guerra subversiva hemos mostrado ya el proceso dialéctico mediante el cual puede alcanzarse este objetivo. Por ejemplo, el objeto es desacreditar, no tanto a la religión como a los oponentes a la revolución dentro de los círculos religiosos. En forma similar, la actitud dialéctica hacia el Ejército leal consiste en hacer que el Ejército sea vilipendiado por algunos de sus propios miembros, para hacerlo avergonzarse de su misión anti-revolucionaria.

Se denuncia y ridiculiza todo proyecto que pueda provocar un mejoramiento efectivo del nivel de vida, y al mismo tiempo se fomenta todo tipo de huelgas y sabotaje ... ¡Culpando al gobierno existente de las penurias y miseria que de ellos resulten! En resumen, esta operación de desintegración consiste en establecer en la población reflejos condicionados destinados a cubrir de oprobio a todo lo que sea contra-revolucionario y a considerar glorioso todo lo que da ímpetu a los revolucionarios. Así se consigue la transferencia sicológica de las nociones de bien y mal, mediante manipulaciones de la sicología colectiva, hasta que todo lo bueno se identifica siempre con el movimiento revolucionario y todo lo malo con la contra-revolución.

Tercera fase.

Mientras el objetivo de la segunda fase es el de obtener un divorcio sicológico entre la masa de la población que será conquistada y el gobierno establecido que será derrocado, el objetivo específico de la tercera fase es el establecimiento de una base territorial dentro de la cual las fuerzas políticas y militares de la revolución sean los gobernantes efectivos.

Esta acción no debe iniciarse hasta que el objetivo de la segunda fase ha sido logrado y consolidado mediante el terrorismo. Por lo

tanto, no sólo deberá haberse producido un divorcio sicológico entre el pueblo y la administración, sino que también reinará un ambiente de violencia en todo el país, ambiente que presagia la victoria inevitable de la revolución.

Con este fin se comienza a utilizar el terrorismo, como ya lo hemos visto, desde la iniciación de la segunda fase y se continúa durante la tercera fase. Esta tiende a «controlar» una población colocándola en una permanente situación de miedo, que elimine de ella todo posible dominio de sí misma y, consiguientemente, toda resistencia deliberada.

La técnica del terrorismo se basa esencialmente en el uso complementario de la agitación, la propaganda y la organización. En el método stalinista, cada una de estas palabras tiene un significado preciso que es necesario tomar en cuenta.

Agitación es el nombre que se da a toda acción destinada a causar emociones colectivas susceptibles de perturbar las relaciones normales y establecidas de cada ciudadano individual con su ambiente social. Hay diferentes formas de agitación. Puede consistir en manifestaciones callejeras, incendios espectaculares o crímenes de diversos tipos.

La propaganda consta de argumentos repetidos metódicamente, de factura muy simple y que lleva al grupo sometido a ella en forma *inevitable* a la conclusión planteada por los expertos en propaganda y agitación.

Finalmente, la *organización* es el agrupamiento de cierto número de gente en el mismo «nivel de conciencia social», logrado, por ejemplo, por la propaganda diaria de un período que comunica reacciones idénticas a todos sus lectores regulares; o tal vez por un sindicato, o una asociación juvenil o sociedad femenina, etc.

Estos tres métodos, agitación, propaganda y organización, se complementan estrechamente en la guerra revolucionaria. Por ejemplo, la agitación puede consistir en asesinar a un hombre de una puñalada y dejar el cuerpo en un lugar público para que sea descubierto allí. La reacción espontánea del populacho es la de compasión hacia la víctima. Entonces entra en acción la propaganda. Sobre el cuerpo aparecerá un papel que dice: «Así mueren los traidores.» El impacto emocional se invierte en forma inmediata. El cadáver inspira indigna-

ción, porque es el de un traidor. Los que liquidaron al traidor son considerados héroes. El papel de las diferentes organizaciones revolucionarias es entonces el de explotar al máximo la emoción colectiva resultante del mensaje colocado sobre el cuerpo. Reflexionando sobre este ejemplo, llegamos a comprender la importancia del terrorismo en la guerra revolucionaria.

Mediante el terrorismo, los revolucionarios tratan de aumentar su autoridad en la tercera fase de la guerra: ejecutan «sentencias» de «cortes» revolucionarias, recaudan «impuestos», movilizan soldados y reúnen datos de importancia militar. Y ahora la población comprende que ya no se trata sólo de un «movimiento» ideológico, sino de una verdadera guerra.

¡Los revolucionarios hacen justicia! Se organizan juicios espectaculares; los secuestros y asesinatos se hacen más frecuentes. Estas diversas formas de agitación tienen por objeto lanzar una guerra de nervios contra la población, haciéndola vivir continuamente en una atmósfera de terror, de manera que la política de «paz a cualquier precio» parezca cada vez más deseable. Al mismo tiempo, la denuncia y ejecución de «traidores» difunde en toda la población un espíritu de sumisión temerosa y la induce a una complicidad sistemática con los revolucionarios.

¡Los revolucionarios recaudan impuestos! Sus recaudadores van de casa en casa, o bien, como el F.L.N. lo puso en práctica en la Francia metropolitana, de obrero en obrero. Como la negativa a pagar el *impuesto equivale a un acto de* traición, la recaudación obtiene resultados halagadores debido al ambiente general de terror. Bien puede decir Mao-Tse-Tung que la guerra revolucionaria comienza de la nada: a medida que la guerra progresa, la población que ha de ser conquistada financia las necesidades de los conquistadores. Este dinero no sólo permite a los revolucionarios pagar a sus agentes, sino también comprar armas, financiar la organización del gobierno, la representación diplomática en el extranjero, etc.

¡Los revolucionarios movilizan soldados! Habiendo contribuido ya con su dinero, las familias se ven obligadas luego a contribuir con hijos y esposos a aumentar la fuerza militar del ejército revolucio-

nario. Deben elegir entre la muerte cierta si rehusan, y los peligros del campo de batalla si acceden. Es más prudente acceder.

Finalmente, los revolucionarios reúnen informaciones de vital importancia. La Organización Político-Administrativa fuerza a la población a proporcionar toda clase de datos sobre secretos militares relativos a ubicación de tropas, tráfico caminero o ferroviario, etc., para hacer uso de esa información ... y también para comprometer a la población.

b) El desarrollo de estas diversas formas de acción revolucionaria es el preludio al objetivo esencial de la tercera fase: la conquista de una base territorial. El fin de los revolucionarios es asegurar ante todo el control sicológico, luego el administrativo, y finalmente, el militar de una fracción del territorio nacional en la cual las fuerzas leales no puedan penetrar. Por pequeña que sea, esta base tiene una importancia fundamental, pues pronto será proclamada República Nacional Independiente con cierta semblanza de verosimilitud.

Durante la guerra revolucionaria en Indochina, la estrategia francesa cometió el error de permitir que los ejércitos del Vietminh tomaran posesión de un territorio que hubiese sido un valor nulo en una guerra clásica. Esta posesión permitió a Ho-Chi-Minh establecer su «Gobierno» en una fracción del territorio nacional que daba al «Gobierno» una apariencia de realidad material. Este error no se repitió en la resistencia francesa a la guerra revolucionaria emprendida por el F.L.N. en Argelia, y esta organización tuvo que convertirse en «Gobierno» sin base territorial, y sus miembros debieron trasladarse continuamente entre Túnez, Rabat, El Cairo y finalmente Ginebra, lo que no acrecentaba sus posibilidades de ver reconocida su autoridad.

c) La proclamación de la República Nacional Independiente y el establecimiento del Gobierno de esta Repúbica sobre una base territorial, por pequeña que sea, permite al nuevo Estado hacer su aparición en el escenario de la política internacional, donde la guerra revolucionaria alcanza su victoria final. Teniendo dinero, un ejército y el control del territorio, el nuevo Gobierno se apresura a iniciar negociaciones para obtener el reconocimiento diplomático. Este reconocimiento se le concede, en cuanto lo permiten las circunstancias internacionales, ante todo por las Democracias del Pueblo o por los

países que tienen un gobierno revolucionario nacionalista. También son reconocidos a veces por los países llamados «neutralistas». En el caso de los países occidentales, las rivalidades que los han traicionado tan a menudo se muestran latentes o descubiertas aun en estas circunstancias. La victoria mayor para el «Gobierno» en la tercera fase de la guerra revolucionaria es la autorización para trasponer el umbral de las Naciones Unidas y ver reconocido allí su derecho a entablar negociaciones. Pues este es el concepto de derecho internacional que han desarrollado los países modernos: toda organización que decididamente haya demostrado ser capaz de matar en gran escala, será reconocida, de acuerdo con una posición «realista», como poseedora de un *status* jurídico en proporción directa a su crueldad revolucionaria.

Cuarta fase.

La cuarta fase es esencialmente militar. Cuando la base territorial ha sido conquistada, se ha conseguido la representación diplomática y la población está controlada sicológicamente, se hace posible hacer entrar en escena un ejército, que si no es realmente tal, por lo menos resulta una imitación suficientemente convincente como para obtener la victoria diplomática de la quinta fase.

a) Durante la cuarta fase, la guerra de guerrillas se extiende por todo el territorio. Aumentan los ataques. Los agentes de reclutamiento enrolan forzosamente a los soldados para el ejército revolucionario, y esta tarea se hace más y más fácil porque la campaña de terrorismo opera con más eficiencia y la victoria de los revolucionarios parece cada vez más probable. El terrorismo de la segunda y tercera fase se convierte ahora en guerra civil. Las tropas revolucionarias lanzan ataques contra las fuerzas leales. Debido a la complicidad de la población local, que tiene perfecto conocimiento del terreno, estos ataques generalmente tienen éxito y juegan un papel sicológico. A medida que el reclutamiento revolucionario se hace más rápido y los guerrilleros más numerosos, puede alcanzarse el objetivo esencial de la cuarta fase: la creación de un ejército regularmente constituido.

b) La creación de este ejército consiste en un reagrupamiento

de las bandas de guerrilleros en tres escalones, cada uno de los cuales debe cumplir su propia misión.

El escalón local protege a la organización político-administrativa. La seguridad de ésta —que anteriormente dependía principalmente del terrorismo y del temor colectivo que éste despertaba— puede verse protegida ahora por fuerzas militantes, y de aquí resulta una mayor eficiencia de la P.A.O. en su control de la población. Este escalón local es responsable también del servicio secreto y del apoyo logista al escalón regional.

El escalón regional se dedica a las operaciones verdaderamente militares, y es el único que tiene esta misión. Su objetivo es hostigar a las fuerzas lealistas, crear un ambiente de guerra civil, y probar a la nación y al mundo el vasto alcance de la acción militar revolucionaria. También debe dedicarse a destruir los centros locales de resistencia, especialmente mediante la implantación del terrorismo en las áreas pobladas que hasta ahora han permanecido relativamente ajenas a la propaganda revolucionaria.

En cuanto al escalón nacional del «Ejército», este representa teóricamente la fuerza de ataque principal. Sólo entra en acción durante la quinta fase, para obligar a las fuerzas políticas contrarias a entablar negociaciones.

Quinta fase.

Al llegar a esta fase, debemos considerar un país que ha sido minado por la propaganda subversiva, exhausto de vivir en una atmósfera de terror, desmoralizado por la pobreza que resulta de la inseguridad, y divorciado sicológicamente de un Gobierno que no ha podido protegerlo de estos males. Día tras día, en lo más íntimo de sus corazones, aquellos que han sido los más fieles defensores de la causa lealista pierden su fe y luego de un período de duda, deciden unir su suerte a la de la insurrección.

En el plano internacional, la propaganda concertada de la estrategia mundial comunista ha exacerbado también la opinión mundial. Todos los observadores llegan a la conclusión de que es inútil continuar la guerra y que debe procederse a negociar. Ya que los revolucionarios evidentemente representan a la mayoría de la nación, el

camino obvio (según esta línea de raciocinio) es admitir las consecuencias políticas de la situación.

Este es el período elegido por el «gobierno» revolucionario como el más favorable para lanzar la «contraofensiva general» del Ejército de Liberación, tal como lo expresa su propaganda. No necesito decir que esta maniobra es en realidad una ofensiva o incluso la mera apariencia de una ofensiva. Los cánones estrictos de la dialéctica exigen, sin embargo, que esta operación sea una «contraofensiva», para que pueda sugerir así que es realmente una victoria de la antítesis sobre la tesis; una contrapartida victoriosa a una agresión largamente mantenida, para que pueda comprenderse en forma implícita que la culpa recae sobre aquellos que dentro de poco tiempo serán los conquistados, y que la victoria final es la recompensa adecuada al valor y al espíritu indomable de los buenos.

El mejor ejemplo que puede darse acerca de esta «contra-ofensiva» es la batalla que concluyó en Dien-Bien-Phu el 8 de mayo de 1954. Las fuerzas francesas, atrincheradas en una zona que carecía de verdadero valor estratégico, estaban sitiadas por todas las reservas militares del ejército revolucionario. La ocupación de esa posición fue trasmitida a la opinión mundial y aceptada por ésta como el final indudable de las hostilidades. Engañada por la propaganda subversiva, la propia opinión pública francesa cayó en el letargo de una capitulación espiritual que dio por resultado un tratado abominable firmado el 2 de julio siguiente. Cuando todo hubo concluido, los comunistas establecieron una democracia del pueblo sobre la mitad del país, como ya lo habían hecho en Berlín y en Corea. Y así Indochina del Norte se convirtió en un Estado comunista, tal como Berlín Oriental y Corea. Por este Tratado, millones de hombres, tres millones de *ellos católicos, no sólo fueron abandonados, sino entregados* al más inhumano de los colonialismos y a la más espantosa esclavitud que ha conocido el mundo. Los que duden de este veredicto, consideren que en unos pocos meses siguientes 950.000 católicos dejaron sus hogares, las tumbas de sus antepasados y sus arrozales, para huir en largas columnas al Sur de Indochina. La guerra revolucionaria había terminado victoriosamente ante la incomprensión universal de los verdaderos valores en juego y el consentimiento de la mayor parte de la especie humana.